

## Breaking through to the other life

Aquel año había sido muy duro y necesitaba las vacaciones de verdad. Esos últimos días de trabajo había estado dudando entre si quedarse en casa descansando o volver a Torremolinos como el año pasado. El hotel con spa del año anterior le había servido para retomar energías después de un año duro salpicado por aquella inesperada lesión. Este era su dilema prevacacional hasta que escuchó a una compañera de trabajo las palabras mágicas: «Camino de Santiago», seguido de una explicación de lo que, para ella, esas tres palabras conllevaba. Como buena persona introvertida y orgullosa, hizo como que no escuchaba nada, pero grabó a fuego esas palabras en su mente, no fuera a ser que su compañera tuviera razón y él le tuviera que dar las gracias por la recomendación. Cuando llegó a casa, lo primero que hizo fue poner esas tres palabras en Google. La avalancha de imágenes y datos que experimentó su navegador le dejaron un poco aturdido y por un momento pensó que era mejor dejar pasar todo aquello. Aún así, cogió un pequeño papel y apuntó el equipamiento recomendado.

En el más absoluto de los secretos, fue a una gran tienda deportiva a que le asesorasen sobre todos los materiales que necesitaba y sacó su billete de avión hacia Pamplona. Se acercaba el día de partir y como buen perfeccionista lo quería tener todo a punto. Se despidió de sus compañeros de trabajo y cuando le preguntaron qué iba a hacer esas vacaciones, él les respondió con un «ya veremos». Realmente hubiera sido mucho más correcto un «ya veré», pero el decirlo de esa forma plural e inclusiva, le ayudaba de forma automática e involuntaria a sentirse menos solo de lo que estaba. Soledad autoimpuesta o sobrevenida. Había tenido durante su vida de las dos. Había días en que se sentía orgulloso de no estar con nadie y de no depender de nadie. Sabía que así nadie le traicionaría y él sería el rey de su casa. En cambio, otros días las paredes de casa se le caían encima. Veía que por orgulloso no tenía a nadie con quien compartir la vida y ni siquiera tenía el contacto telefónico con los pocos familiares que aún le quedaban, que por desgracia cada vez eran menos. Así que preparó sus cosas y sin decir nada a nadie, a nadie le importaba, cogió un taxi al aeropuerto.

Se vio dando vueltas por Pamplona a las siete de la mañana con una mochila cargada de más. Quería ir a un albergue a conseguir la credencial tal como le habían recomendado en la tienda de deportes. Por supuesto que la otra opción de conseguirla acogiéndose a sagrado, no entraba en sus planes. Cerca del albergue de Jesús y María vio a un chico de unos treinta años que se le quedó mirando con cara de asombro.

—¿Dónde vas, al Himalaya? —le preguntó el chaval.

—¿Cómo dices? —respondió entre sorprendido y enfadado Arturo.

—Que dónde vas con esa mochila, ¿tú sabes los kilos que llevarás ahí, buen hombre?

—La verdad es que veo que me está costando un poco caminar con ella, pero es lo que toca, todo lo que tengo me es imprescindible y no me puedo deshacer de nada.

En la siguiente media hora, el joven peregrino acompañó a Arturo a la oficina de Correos de Pamplona y entre los dos consiguieron deshacerse de unos cinco kilos de la mochila. Ropa de abrigo (era principios de septiembre), un par de zapatillas, botellas de agua, esterilla, todo se envió a la casa de nuestro protagonista para que llegara dentro de unos diez días en el más optimista de los casos. Tras charlar un rato, Juanjo se despidió de Arturo y tomó rumbo hacia la Ciudadela para comenzar allí su andadura en el Camino aquel año. Arturo le vio partir con un arrojo y frescura que le dejaron un poco sorprendido. Cuando le veía alejarse sin mirar atrás, llegó a envidiar su juventud y ganas de comerse el mundo.

Siguiendo el consejo de Juanjo, Arturo se fue a la estación de autobuses a ver cuando salía el autobús hacia Roncesvalles. Estando por allí vio un cartel en el que ponía que también se podía ir en taxi y vio el cielo abierto. Aunque le costara más dinero, llegaría antes e iría solo sin nadie que le molestara. Justo al lado del cartel había una pareja de mediana edad que al ver a Arturo leyendo el cartel, le preguntaron:

—¿Vas a Roncesvalles?, ¿quieres que compartamos taxi hasta allí? Si viene otra persona más, incluso nos saldría mucho más barato. Podemos esperar un poco, aún es pronto.

—¿Perdón? Solo estaba leyendo lo que ponía, uhmm, venga, hasta luego.

Subirse a un coche con unos desconocidos, ¿estamos locos? Pensó que la gente estaba perdiendo la cabeza. Disimulado, siguió esperando por la zona a que el cartel de los taxis se despejara un poco y cuando no había nadie por allí, se acercó y cogió el teléfono del taxista. En veinte minutos ya estaba embarcado en un flamante Mercedes blanco y su mochila descansaba solitaria en el espacioso maletero. Media hora más tarde, sus pies tocaron villa de Roncesvalles y tras pagar al taxista, un buen palo, por cierto, se dispuso a buscar alojamiento. Habitación individual en posada, acorde a sus gustos y a su idiosincrasia. Mañana por la mañana comenzaría la gran aventura por la cual había llegado hasta allí, aquella de la que su compañera de trabajo tan bien le había hablado.

Después de recoger todos sus bártulos cuidadosamente, Arturo comenzó el día con un gran desayuno en la posada en la que se hospedaba. Tras coger fuerzas, salió con camino resuelto hacia Burguete, porque él sabía que el primer pueblo después de Roncesvalles era Burguete, porque lo había visto en su guía actualizada que había pedido por Amazon y que le había llegado a su casa en un solo día.

Una de las cosas que le había sorprendido desde que había llegado a Roncesvalles la tarde anterior, era el buen rollo que se respiraba entre las personas que allí había y la faci-

lidad que tenía la gente de crear grupitos para tratar o debatir cosas en común. Él asistía a todas esas mini reuniones desde la distancia, pero siempre con la oreja puesta en lo que decían. Nunca había sido una persona extrovertida ni con facilidad para entablar relaciones sociales. Su infancia no había sido fácil en ese sentido y su vida laboral adulta no había mejorado. Vivir, o sobrevivir, en un entorno laboral rodeado de caimanes, estaba claro que nunca le ayudó a mejorar en esa faceta ya casi amputada desde pequeño.

El día transcurría con normalidad y agradecía las muestras de cariño y de respeto de los habitantes de las poblaciones por las que pasaba. También era muy placentero para él las interacciones que se producían entre los peregrinos que se encontraban en los distintos puntos de la etapa. Antes de llegar a Zubiri, notó que la planta del pie derecho comenzaba a arderle y se preocupó por lo que le pudiera estar pasando. Paró junto a un puente, allí se descalzó y vio que tenía en la planta del pie un principio de ampolla. Justo antes de abrir su mochila y coger el bote de vaselina, una voz le sorprendió:

—¿Qué tal peregrino?, ¿todo bien? —era la mujer de la pareja que en Pamplona le había ofrecido compartir taxi hasta Roncesvalles.

—Ehh, sí, sí... Andaba descansando un rato —respondió Arturo con un poco de vergüenza. El haber sido tan seco en la estación de autobuses no había sido cómodo para él, aunque en aquel momento le salió así.

—Si necesitas algo no tienes más que pedirlo, compañero. —añadió el hombre.

—Gracias, gracias, chicos. Descansaré un rato y retomaré la marcha en un momento.

—Bueno, nosotros seguimos, que Larrasoaña aún anda un poco lejos. Si vas por allí, ya nos vemos.

—Gracias, aún no sé el pueblo en el que me quedaré hoy. Un saludo.

Tras esta conversación, a Arturo le rechinó algo en la cabeza. No comprendía que unas personas a las que no conocía de nada, le hablaran tan amablemente y se interesaran por él. Se secó los pies, se puso un poco de vaselina en los calcetines limpios y reemprendió la marcha, esta vez ya, pensando en Larrasoaña como objetivo del día. Ahora tenía un motivo por el que llegar a aquel pueblo para ver lo que le deparaba la tarde. Tenía curiosidad.

Una vez en Larrasoaña, con mucho más esfuerzo del esperado y con alguna que otra herida en el cuerpo, a Arturo ya se le había olvidado un poco el tema de socializar por la tarde. Estaba de mal humor. Se puso a buscar un albergue privado del que le habían hablado en Zubiri en el que estaría en una habitación individual sin que nadie le molestara. Cuando lo encontró, le dijeron que el albergue estaba lleno y que la única opción de alojamiento aquel día en Larrasoaña, era el albergue municipal. Si no le interesaba, tendría que avanzar unos ocho kilómetros más hasta el siguiente pueblo, y su cuerpo ya no se lo podía permitir.

Muy a su pesar, decidió buscar el albergue municipal y allí llegó un poco renqueante un rato después.

Cuando entró a la gran nave llena de literas destartadas, casi pegadas entre sí, casi se cae al suelo de rodillas. Debía encontrar entre todas esas literas llenas de peregrinos, mochilas, bolsas y bastones, su cama, aún vacía, se suponía. Se sintió el centro de atención porque casi todos los peregrinos estaban ya prácticamente dentro del albergue, duchados y aseados, y ahora observaban sus pintas y su cara de angustia mezclada con sorpresa. Finalmente, unos peregrinos italianos le indicaron que al final a la izquierda quedaba la cama superior de una litera todavía libre. Encima, arriba. Lo que faltaba para acabar la etapa.

Hacer deporte no era uno de sus fuertes, y la gran caminata de aquel día, con su baja preparación física, le estaba pasando factura. Después de la ducha sintió que le dolían todos los músculos y articulaciones de sus piernas. Había leído en su guía que en el pueblo había un pequeño río en el que los peregrinos mojaban sus piernas en sus aguas frías y reparadoras. Antes de salir del albergue, vio una especie de mesa grande en el que había un cartel que decía: «Coge lo que necesites, deja lo que no necesites. Las cosas de las que no saques provecho pueden ser una gran ayuda para otras personas». Se quedó mirando lo que había encima de la mesa y se quedó sorprendido de todas las cosas que allí había. Algún bastón de trekking, un par de zapatillas de mujer casi nuevas, fruta, libros, y muchas cosas más. Se puso a mirar hacia los lados para ver si aquello era una broma o una especie de cámara oculta. Por si acaso, no cogió nada y salió a buscar el río que estaba justo enfrente del albergue, cruzando la calle.

Por la tarde, mientras descansaba en la puerta del albergue, sentado en una mesa solo, pasó por allí la chica que había visto esa misma mañana mientras se descalzaba en Zubiri. Él levantó la vista, sonrió, y le dijo:

—Hola, ¿Qué tal? ¿Estáis hospedados aquí?

—Bueno, hospedados, hospedados... Digamos que vamos a pasar la noche aquí. Me llamo Marta.

—Encantado, yo me llamo Arturo.

Marta se sentó a su lado a charlar y cuando pasó un rato, su marido, que se llamaba Julio, les vio y se unió a la conversación. Se pusieron a hablar los tres y las horas pasaron y pasaron, hasta que empezó a hacerse de noche. Incluso se incorporó a la conversación algún peregrino italiano y otro inglés, que como podían, participaban en la conversación. Mientras más iban hablando, Arturo notaba que se olvidaba de los dolores de sus piernas y se empezaba a preocupar por las agujetas que le estaban causando las risas que se estaban echando. Lo que no sabía Arturo realmente, era que otros dolores, otras heridas mucho más profundas que las de los músculos, también comenzaban a sanar.

Por la noche quedaron en que se encontrarían en la puerta del albergue para comenzar a caminar juntos por la mañana. Tras una etapa bastante llevadera, entraron en Pamplona por el portal de Francia. Justo por esa zona, Arturo comenzó a pensar en Juanjo, el chaval que le ayudó en Pamplona el primer día en que iba un poco perdido por sus calles. Pensó en su desparpajo y en su forma de afrontar la vida y soltó un gran suspiro seguido de una gran sonrisa. Marta y Julio le preguntaron qué le pasaba y él dijo que nada, que estaba pensando en el principio de todo, y les agradeció que ellos fueran la continuación a todo eso tan bonito que le estaba pasando.

Los días y las etapas fueron pasando. Subida al Alto del Perdón (con su bajada), el paso del gran puente medieval de Puente la Reina, llegar a la monumental Estella y atravesar su barrio judío, visitar la iglesia del Santo Sepulcro en Torres del Río, cruzar el puente de piedra sobre el río Ebro en Logroño y, el último día de Arturo, Navarrete y Nájera con sus montañas arcillosas. Aquel año, lo dejaba de momento allí. Él, que nunca había sido bueno para las despedidas, esta vez le costó más que nunca porque había hecho una amistad muy bonita con su «pareja de peregrinos», como él los llamaba. De todas formas, se cogieron las señas para mantener la relación y la amistad a distancia. Ahora tocaba volver a la cruda realidad.

\*

Una tarde, Arturo volvía del servicio y su compañera le dijo que habían llamado del departamento de personal, que pasara un momento por dirección. Arturo se puso muy serio y preocupado de momento y sin preguntar nada más, cogió el ascensor para subir a dirección. Allí, la secretaria le dijo que pasara al despacho del fondo y encontró dentro al jefe de personal y a la directora de la empresa sentados, esperándole. Tomó asiento como le indicaron y el jefe de personal le dijo:

—Hola Arturo. ¿Qué es eso de la mesa del peregrino en el comedor de personal? ¿Sabes que somos una empresa de comercio, no? —dijo con cara de pocos amigos.

—Pensé que sería una buena iniciativa para no malgastar y poder reutilizar entre compañeros. —respondió sin vacilar Arturo.

—Bueno, pues ya estás yendo para allá y desmontando todo aquello.

—De acuerdo. Buenas tardes. Ultreia.

—¿Cómo has dicho?

—Solo he dicho Ultreia. U, L, T, R, E, I, A. Si quiere, búsquelo en Google, vea todo lo que implica esa palabra, y luego me dice lo malo que es poner esa mesa en la sala de descanso. Buenas tardes.

Arturo salió del despacho con aire resuelto y sin mirar atrás. Nadie iba a quitarle la satisfacción de haber encontrado en el Camino, una nueva forma de ver la vida.